

# EL HISTORIADOR ESPAÑOL EXILIADO EN MÉXICO

Javier MALAGÓN BARCELLÓ

## I

ENTRE LOS EMIGRADOS POLÍTICOS que cruzaron la frontera franco-española en febrero de 1939, figuraba un pequeño grupo que no sólo abandonaba su patria, sino también el quehacer científico con la historia de aquélla, que hasta entonces había llenado su vida, tanto intelectual como profesionalmente. A estos hombres se les planteaba, como a tantos otros en igual situación, el problema de sobrevivir, de ganarse el pan de cada día; pero además se les presentaba la incógnita de si podrían continuar la labor para la que habían sido preparados, o si deberían desviarse de ella para dedicarse a otra especialidad que les fuera accesible en su nuevo ambiente.

El grupo no era numeroso, y si después engrosó fue porque el alejamiento de España despertó en otras personas, de diferente formación, una preocupación por la historia española en el Nuevo Mundo, producto de percibir directamente la presencia de España en América, de la nostalgia y del deseo de olvidar el presente recordando el pasado.

De los diversos países de América que acogieron a la "España peregrina" en 1939, hubo dos que, por distintas razones, recibieron a una gran cantidad de españoles liberales: Santo Domingo, que volvió a ser como en el siglo xvi, el puerto de arribo y desde donde esta nueva inmigración se fue esparciendo por el mapa de América (Panamá, México, Venezuela, Ecuador, Puerto Rico, América Central, Cuba, Perú, Argentina...); y México, que recibió a la mayor cantidad, y con su enorme poder de atracción los asimiló a su propia vida, tanto cultural como económica y social, y aún política.

De la generación de los ya catedráticos en España, llegaron a México y allí vivieron contemporáneamente, don Rafael Altamira, don Agustín Millares, don Francisco Bernés, don Pedro Bosch Gimpera, don Luis Nicolau d'Olwer. Junto a ellos estuvieron Ramón Iglesias, José María Miquel i Vergés, José Ignacio Mantecón, José Moreno Villa, Miguel Bargalló, Concha Muedra y Rafael Sánchez Ventura, a los que habría que añadir los que no siendo historiadores de profesión hicieron, sin embargo, labor histórica: escribieron historia general José Miranda, Víctor Rico, José Almoína, Rafael Sánchez Ocaña, Pedro Pagés (con el seudónimo de Víctor Alba) y Antonio Ramos Oliveira, y publicaron estudios históricos en campos especializados Germán Somolinos (historia de la medicina), José Gallegos Rocafull, José Gaos y Joaquín Xirau (historia de las ideas), Modesto Bargalló (minería) y Manuel Díaz Marta (obras públicas). Hubo todavía otros, profesionalmente alejados de la Historia, que escribieron historia por amor a España y a las nuevas tierras en que se asentaron: tal es el caso del diputado socialista Luis Romero Solano que en la actualidad ejerce el oficio de sastre en México. Por último, esta enumeración no quedaría completa sin señalar a los que, siendo historiadores, olvidaron su formación y se dedicaron a otras actividades.

## II

Entre los que escribieron historia durante la emigración, ya fuese historia general de España o de la Nueva España, se percibe en sus escritos de los primeros años el efecto de los sucesos que los había llevado al exilio, y a veces hallamos referencias muy directas. En el caso de Altamira, no obstante su ponderación y moderación política, en un estudio sobre la historiografía nos encontramos con un pasaje como éste:

...al estallido de la guerra en España [...] colaboraron los dos gobiernos del eje totalitario ayudados por la famosa doc-

trina de la "no intervención" que otros Estados no totalitarios inventaron y ejecutaron en tal forma que favoreció los propósitos de Alemania e Italia y perjudicó sustancialmente a la España agredida.<sup>1</sup>

Referencia más amplia la tenemos en la edición argentina y estadounidense de su *Manual de Historia de España*,<sup>2</sup> en las páginas que dedica a las "dos Españas", y otras más contundentes en su *Diccionario de la Legislación Indiana* donde, en relación con el de la Academia de la Lengua, dice:

Esta 16ª edición estaba terminada de imprimir el 1º de junio de 1939 pocos días antes de los acontecimientos que tras más de dos años de sangrienta lucha, dieron al traste con el régimen democrático español. Triunfantes, los rebeldes no tuvieron empacho en suprimir la portada original (de 1936), la introducción y la acostumbrada lista de académicos y darle una nueva portada (1939) y una advertencia insultante para los que representaron el poder legítimo.<sup>3</sup>

En general todos tienen presente, de una forma o de otra, su historia personal, la que le tocó vivir a su generación. Dejando de lado escritos políticos o de crónica —no muy numerosos, pero publicados por casi todos los de este gremio—, donde es natural que aflore la experiencia personal, ésta se muestra también, en forma más o menos encubierta, aun en sus obras de historiadores en sentido estricto. Así, Nicolau d'Olwer al estudiar la gestión en México del ministro Calderón de la Barca, juzga la actitud de éste, con respecto a cierta propuesta del gobierno de México de una colonización de carlistas en la frontera de Texas (1840), con estas palabras:

<sup>1</sup> *Proceso histórico de la historiografía humana*. México, El Colegio de México, 1948, p. 135.

<sup>2</sup> Buenos Aires, *Sudamericana*, 1946, pp. 556-562.

<sup>3</sup> *Diccionario castellano de palabras jurídicas y técnicas tomadas de la legislación indiana*. México, Comisión de Historia, 1951.

con buen sentido patriótico no ve [Calderón] la necesidad de que salgan de España quienes no por adversarios del régimen establecido, y que él representa, dejan de ser españoles.<sup>4</sup>

Rico, en un estudio sobre *Historiadores Mexicanos del Siglo XVIII*, hace constante referencia a la emigración y a la obra de los jesuitas desterrados, lo que, en el fondo, es una reacción personal frente a su propio exilio. Así, al hablar de la obra de Andrés Cavo, dice:

Y es que el destierro purifica al hombre, le hace actuante y agudiza su capacidad de amar a su tierra que por lejana, gravita sobre su espíritu y le obliga con necesidad física a concretar su emoción en alguna obra que, por nimia que sea, recuerde a la patria para ofrendársela después como homenaje, el cual, prodigado las más de las veces en modesto silencio, lleva siempre una fuerza que lo anima desde su más íntima entraña: el amor.<sup>5</sup>

En forma más directa, Germán Somolinos, en su trabajo sobre el naturalista y médico toledano de Felipe II, doctor Hernández, expresa un sentimiento análogo:

el viaje de Hernández a México y su fructífera expedición enmascaraban la realidad de uno de los tantos exilios de españoles como ha tenido que acoger la generosa tierra de América y que, desde entonces hasta hoy, se han venido repitiendo entre los naturalistas y científicos españoles con dolorosa periodicidad.<sup>6</sup>

<sup>4</sup> *Relaciones diplomáticas hispano-mexicanas*. Serie I. Despachos Generales, 1839-1841, t. I, México, El Colegio de México, 1949, p. XVI.

<sup>5</sup> Editado por el Instituto de Historia de la UNAM. México, 1949, p. 104. Tiene además *Documentos sobre la expresión de los jesuitas y ocupación de sus temporalidades en Nueva España (1772-1738)*. México, Instituto de Historia de la UNAM, 1949.

<sup>6</sup> "Vida y obra de Francisco Hernández" en *Obras Completas* de Francisco Hernández, vol. I, México, UNAM, 1960, p. 148.

Podríamos señalar en todos y cada uno de los miembros del grupo una actitud semejante a la de los que tomamos como ejemplo.

### III

El nuevo medio en que habrían de vivir estos historiadores no era totalmente ajeno a España, sino más bien semejante, tanto en sus virtudes como en sus limitaciones; por lo tanto, se asimilaron rápidamente a él, con la ventaja de una experiencia previa más amplia. Como era de esperar, proyectaron fructíferamente su mayor conocimiento de la Historia de España peninsular o europea al estudio de la España en el Nuevo Mundo y concretamente al de la Nueva España, desde el siglo xvi hasta principios del xix.

Así, vemos cómo el tema de la historia colonial —o de la época española, como algunos prefieren llamarla— fue uno de los temas principales de los historiadores españoles en México.

Don Agustín Millares, comentarista y editor de textos medievales, paleógrafo, profesor de latín medieval, que en sus clases y libros anteriores no pasaba de la Baja Edad Media, edita en México textos del siglo xvi o xvii, como los del toledano Cervantes de Salazar<sup>7</sup> o del dominico Dávila Padilla;<sup>8</sup> hace anotaciones al latín renacentista del padre Las Casas, en *Del único modo de atraer a todos los pueblos a la verdadera religión*,<sup>9</sup> y corrige la transcripción paleográfica

<sup>7</sup> *Cartas recibidas de España por Francisco Cervantes de Salazar (1569-1575)*. Publicadas con introducción, notas y apéndices por AMC. México, José Porrúa, 1946.

<sup>8</sup> *Historia de la fundación y discurso de la Provincia de Santiago de México*. Edición facsimilar. Prólogo e índices por AMC. México, Academia Literaria, 1957.

<sup>9</sup> Advertencia preliminar y edición y anotación del texto latino por AMC. Introducción por Lewis Hanke. Versión española por Atenógenes Santamaría. México, Fondo de Cultura Económica, 1942.

de la *Historia de las Indias*<sup>10</sup> del mismo fray Bartolomé (el "fraile aguafiestas" como la ha llamado don Ramón Carande); traduce del latín cortesano *De las Islas del Mar Océano*,<sup>11</sup> del doctor Juan López de Palacios Rubios, consejero de los reyes Isabel y Fernando; y publica junto con Ignacio Mantecón, el primer *Album de Paleografía Hispanoamericana de los siglos XVI y XVII*.<sup>12</sup> Además, prepara bibliografías originales, completa otras, como la de Icazbalceta,<sup>13</sup> o las sistematiza como la de la *Revista de Historia de América*,<sup>14</sup> que ha servido de modelo a numerosas secciones de bibliografías históricas de otras revistas y publicaciones; trabaja sobre los protocolos de notarios del siglo XVI de la ciudad de México,<sup>15</sup> y sigue dedicándose al municipio, sin limitarse a Madrid, sino abarcando América y España.

Sin embargo, Millares no abandona totalmente su labor anterior, y así, últimamente, sin dejar de lado su obra ame-

<sup>10</sup> Editor AMC, y estudio preliminar de Lewis Hanke. México, Fondo de Cultura Económica, 1951; 3 vols. Se puede decir que es la primera edición completa y exacta. Millares, con paciencia benedictina, se pasó innumerables horas frente al proyector de microfilm, confrontando el texto con la película del manuscrito. Se puede afirmar que no hay página de las ediciones anteriores de Las Casas a las que no se hayan corregido errores de transcripciones paleográficas.

<sup>11</sup> Traducción, notas y bibliografía por AMC. Introducción de Silvio Zavala. (El volumen contiene además *Del dominio de los Reyes de España sobre los indios*, por Fray Matías de Paz), México, Fondo de Cultura Económica, 1954.

<sup>12</sup> México, Comisión de Historia, 1955 (3 vols.: I. Introducción, II. Láminas, y III. Transcripciones).

<sup>13</sup> *Bibliografía mexicana del siglo XVI*. Nueva edición por A. M. C. México, Fondo de Cultura Económica, 1954.

<sup>14</sup> Se encargó de la sección bibliográfica a partir del número 11 (1941) en el que explica las razones de la sistematización y clasificación. La revista la publica la Comisión de Historia desde 1938 al día, y fue su fundador y director Silvio Zavala.

<sup>15</sup> *Índice y extractos de los Protocolos del Archivo de Notarías de México, D. F.*, dos volúmenes (1524-1528, 1536-1538 y 1551-1553). México, El Colegio de México, 1946. Colaboró con Millares, J. I. Mantecón, y prepararon un total de unos 8 volúmenes más que no se han publicado.

ricanista, vuelve a la historia medieval, escribiendo sobre los reinados de Fernando III y Alfonso X para la *Historia de España* dirigida por Menéndez Pidal.

Otro ejemplo, ya que no podemos referirnos a todos y cada uno, es el de don Luis Nicolau d'Olwer. Su preocupación en el campo histórico fue igualmente el medievo, y, dentro de él, la corona de Aragón o, más concretamente, Cataluña. Embajador de la República en México, prologa los cuatro primeros volúmenes de las *Relaciones diplomáticas hispano-mexicanas*, que son en realidad un estudio de la política española peninsular y sus repercusiones en las relaciones con México durante la primera mitad del siglo XIX. Trata con especial cariño a Pedro Pascual de Oliver, el segundo ministro de España en México, que había sido, como él, emigrado político liberal durante más de ocho años. Como político catalanista tiene presente las preocupaciones de su tierra frente al centralismo de la península, y al hablar del partido federal de México señala que Oliver, como su antecesor Calderón,

no oculta sus escasas simpatías por el Partido Federal, adelantando conceptos con que unos decenios más tarde se denotará en España a los federales de Pi y Margall.<sup>16</sup>

Nicolau, como español y emigrado en México, toma partido a favor de éste frente a la política separatista de Texas y la expansionista de Estados Unidos de la que aquélla es sólo un escalón para la conquista de las Californias. Pero a este trabajo, con el que se encariñó y fue una forma de expresar sus ideas de hombre liberal, no lo consideraba como de su interés principal. Éste se centró en la "gran triada franciscana" de fray Bernardino de Sahagún,<sup>17</sup> fray Toribio

<sup>16</sup> *Relaciones diplomáticas hispano-mexicanas*. Serie I. Despachos Generales, 1841-1843. México, El Colegio de México, 1952, p. XXI.

<sup>17</sup> *Historiadores de América. Fray Bernardino de Sahagún (1499-1590)*. México, Comisión de Historia, 1952.

de Benavente (Motolinía)<sup>18</sup> y fray Jerónimo Mendieta. A los dos primeros dedicó estudios que sin duda se pueden considerar como los mejores publicados al respecto, y estaba trabajando sobre el tercero cuando le sobrevino la muerte. ¿Cuál fue la razón de su interés por el tema? Probablemente hay más de una, pero a mi juicio la fundamental es que vio en los discípulos del “poverello de Asís”, la imagen del español peninsular que abandonó su tierra para entregarse en cuerpo y alma al Nuevo Mundo, y en ello había algo de su propia vida, además del interés que el español “intelectual” ha tenido y tiene por el indígena, lo que en una ocasión señaló el maestro Alfonso Caso al decir: “quienes más se han preocupado por el estudio del indio han sido el español misionero en la época colonial y el español republicano en nuestros días”. Si bien las palabras del maestro Caso omiten en su modestia la ingente labor de los propios mexicanos en ese campo, no dejan de ser confirmadas por el grupo de antropólogos hispano-mexicanos del que forman parte Juan Comas, Ángel Palerm, Pedro Armillas, Pedro Carrasco, Claudio Esteva y tantos otros que han estudiado con tanto interés al indio mexicano.<sup>19</sup>

<sup>18</sup> *Relaciones de la Nueva España*. Introducción y selección de L.N.O., México, UNAM, 1956. El tema del misionero y del misionero franciscano fue uno a los que Nicolau dedicó mayor tiempo en su obra de historiador español en México, por ello debe consultarse, a más de los libros citados, su colaboración a la *Conference on the History of Religion in the New World during Colonial Times* (publicado en Washington, D. C., The Academy of American Franciscan History, 1958, pp. 63 a 74).

<sup>19</sup> Esto lo confirma Ramón Iglesias comentando la declaración de Cristóbal de Ojeda, en la *residencia* que se siguió a Cortés en la que le acusa de que “se fiaba en los indios y que éstos le querían y seguían de buena voluntad”. “Para nosotros, dice Iglesias, es el máximo timbre de gloria a que puede aspirar (Cortés) el haberse ganado la confianza, el amor de los indios.” *Cronistas e Historiadores de la Conquista de México*. El ciclo de Hernán Cortés. México, El Colegio de México, 1942, p. 69.

## IV

La historia de la Independencia ha sido mucho menos trabajada por los historiadores españoles en México. Sólo tenemos un caso de importancia que fue el de Miquel i Vergés. Catalanista, sin llegar al separatismo, pero sí anticastellano en algunos aspectos, con anterioridad a la guerra civil se había dedicado al siglo XIX en Cataluña. En México trabaja principalmente sobre el mismo período, pero lo limita a la independencia de la Nueva España. Estudió y publicó los escritos del ex dominico fray Servando Teresa de Mier,<sup>20</sup> y la prensa insurgente mexicana;<sup>21</sup> se ocupó de Mina el mozo, y preparó un diccionario de insurgentes publicado después de su muerte.<sup>22</sup>

La lectura de su obra histórica revela una protesta frente a la situación de la España actual y dentro de ella la de Cataluña, aunque el autor no indica que las críticas son reflejo de sus sentimientos. Fray Servando, Mina y más tarde Prim, a quien también estudia, son personajes liberales que disintieron de su medio y su época, como lo fue Miquel, idealista catalán, que significa ser dos veces idealista, falto de todo sentido práctico y de acción.

## V

En la historia de las ideas se han distinguido José M. Gallegos Rocafull (autor de un excelente estudio sobre *El pensamiento mexicano en los siglos XVI y XVII*) y, sobre todo,

<sup>20</sup> *Escritos inéditos de Fray Servando Teresa de Mier*. Introducción, notas y ordenación por José María Miquel i Vergés, y Hugo Díaz-Thomé. México, El Colegio de México, 1944.

<sup>21</sup> *La independencia mexicana y la prensa insurgente*. México, El Colegio de México, 1941.

<sup>22</sup> *Mina. El español frente a España*. México, Edición Xóchitl, 1945; *Diccionario de Insurgentes*, Ed. Porrúa, México, 1969, 623 pp.

José Gaos. Este último, considerado como una de las más destacadas figuras del pensamiento filosófico contemporáneo de habla española, no se limitó a la historia de las ideas en Hispanoamérica, pero en este campo logró, por su labor de cátedra y su obra escrita, un extendido reconocimiento en toda América Latina. Su función incitadora, por supuesto, se cumplió principalmente en México, donde durante largo tiempo dirigió un seminario sobre el pensamiento de la lengua española. Para dar idea de la importancia de éste bastaría señalar que los trabajos de Leopoldo Zea, *El positivismo en México* (1943) y *Apogeo y decadencia del positivismo en México* (1944), así como otros de Bernabé Navarro, Luis Villoro, Carmen Rovira, Fernando Salmerón, etc., han sido el resultado de dicho Seminario.<sup>23</sup>

Podríamos distinguir, muy rápidamente, tres características en la labor histórica de Gaos. La primera, la prontitud con que se dedica a los temas hispanoamericanos. El discípulo de Ortega, que para su tesis había trabajado en la fenomenología de Husserl, publica ya a partir de 1942 sus primeros escritos sobre el pensamiento hispanoamericano (luego recogidos en *Pensamiento de lengua española*, 1945). La segunda es la amplitud temática: desde el comienzo Gaos enfocó la totalidad del panorama, y así entraron en su examen tanto Sarmiento como Alfonso Reyes, Martí como Rodó. La tercera y más importante característica es que Gaos concibe el pensamiento de habla española, a ambos lados del Atlántico, como una unidad histórica, y trata de mostrarlo en un esquema interpretativo o hipótesis de trabajo, que se encuentra en los escritos antes referidos y en *En pensamiento hispanoamericano* (núm. 12 de las *Jornadas* de El Colegio de México). Aunque no podemos entrar en el detalle de esta

<sup>23</sup> Fernando Salmerón, "El Seminario de José Gaos sobre el Pensamiento de Lengua Española", en *Filosofía y Letras*, México, t. XXVII, núms. 53-54, enero-junio 1954, pp. 133-148. Un emotivo testimonio de la influencia de Gaos en sus discípulos puede verse en Antonio Gómez Robledo, *Idea y experiencia de América*. México, 1958, p. 9.

tesis, su fecundidad nos parece indiscutible. En el fondo, el caso no difiere —salvo en el tema— de otros autores tomados en cuenta anteriormente: al ser visto el objeto histórico americano desde una más amplia perspectiva europea, se hacen más visibles sus conexiones con lo español en particular y con lo occidental en general. Por supuesto, no se trata de una prerrogativa visual exclusiva del europeo, pues el americano sabe también dónde están sus raíces; pero no deja de haber una diferencia de matiz, que conduce a la esencia de nuestro tema: mientras para el americano aquella perspectiva implicaba extender la vista más allá de su continente, para el recién llegado era la forma natural de ver las cosas.

## VI

En resumen, en la labor del historiador exiliado se observa una serie de aspectos comunes que caracterizan su obra en México:

a) Todos o casi todos, tal vez por nostalgia del terruño, se ocupan de él ocasionalmente —ya sea en trabajos especiales sobre la región o ciudad en que nacieron y se educaron, ya en el estudio de algunos de sus personajes, pero siempre relacionándolos con América.<sup>24</sup>

b) Frente a este provincialismo o localismo de sentimiento, consideran desde una perspectiva más universal los te-

<sup>24</sup> Por ejemplo Millares, se ocupa del P. Anchieta, el canario que en el siglo xvi fue llamado el “apóstol del Brasil”. El interés de Romero Solano sobre Cortés es por ser extremeño, como él. Miquel i Vergés destaca en sus ediciones de los escritos de Mier sus referencias a Cataluña, y se interesa y publica un volumen sobre *El General Prim* (catalán), en *España y en México*. México, Hermes, 1949. Nicolau d’Olwer se refiere a su tierra en diversos lugares de sus escritos con “anyorament”. El propio D. Rafael Altamira reafirma su origen alicantino en alguno de sus trabajos. Esta posición es similar a la de los cronistas de Indias del siglo xvi y xvii.

mas americanos y los sitúan en el contexto de la historia del mundo occidental.<sup>25</sup>

c) En los primeros escritos publicados en América se deja entrever un cierto temor a mostrar los prejuicios de su formación cultural, y son cautos en la interpretación histórica, como si no se sintieran seguros de expresar sus sentimientos por miedo a ofender. Y tal vez por ello eligieron de preferencia el período colonial “que es historia de México y es historia de España”.<sup>26</sup>

d) Trabajan en general temas que tal vez el natural del país no hubiera trabajado, o no lo hubiera hecho en la forma en que ellos lo hacen y menos en ese momento, y con ello abren caminos a la investigación que suelen ser seguidos por sus discípulos.

e) Raramente hacen incursiones en la historia general de América, limitándose a la mexicana, y cuando lo hacen es partiendo de ésta sin alejarse demasiado de ella o predominando lo mexicano sobre lo continental.

f) Relacionan en alguna forma sus preocupaciones anteriores con las que experimentan en el Nuevo Mundo; el estudio de éste, a su vez, les abre nuevas perspectivas en su labor histórica.

g) Su obra, en muchos casos como consecuencia de su enfoque ideológico o metodológico, tiene repercusión más allá de las fronteras geográficas mexicanas, y aun en la propia España. En efecto, cuando en ésta se permite su circulación, los colegas que quedaron en la Península leen con

<sup>25</sup> Por ejemplo Miquel i Vergés compara las memorias de fray Servando con las del famoso contemporáneo del frailecito trotamundo, el caballero Casanova; “no es, entiéndase bien, que se asemejen sus vidas, sino el impulso creador de la *memoria* de ambos... Diríamos que más que relatar a otros sus aventuras, sus vidas, se las cuentan a ellos mismos, como si en la recreación encontraran reverdecidos todos los aliados de antaño...”, *op. cit.*, pp. 18-20.

<sup>26</sup> Ramón Iglesias, *Cronistas e historiadores de la Conquista de México*. México, El Colegio de México, 1942, p. 13.

interés y la gente joven la estudia porque encuentra en ella lo que no ha escuchado en las lecciones recibidas y descubre puntos de vista que no había tenido en cuenta.

h) Recientemente los emigrados han vuelto a publicar en España y a preocuparse de temas españoles, pero la mayor parte de la producción sigue siendo sobre México. Al introducir la historia de España en la de México, en lo que tienen de común, lo hacen —como ya señaló Altamira—<sup>27</sup> prescindiendo de noticias que en la Península serían imprescindibles; y a la vez reclaman detalles y precisiones que son de exigencia en la historia de España en México.

Entre tanto, no hay que olvidar, han pasado los años, y del grupo de los maestros, los únicos supervivientes de ese “escalafón a extinguir” como calificó don Mariano Ruiz Funes en el exilio, en una de las innumerables ocasiones que nos reuníamos para acompañar al cementerio el cadáver de algún amigo o conocido, son don Agustín Millares, y don Pedro Bosch Gimpera. De todas maneras, los historiadores españoles en México, con sus clases y sus publicaciones, han conseguido, alejándose de toda fobia o filia española, que mucha de la gente del país que los acogió comprenda que hay toda una serie de aspectos comunes en la vida de la Península y de los pueblos hispanoamericanos, y que, queramos o no, es la herencia que unos y otros hemos recibido, y para que sea productiva debemos reconocerla y trabajar para el futuro en armonía, sin afán de dominar ni tampoco resignándonos a ser dominados.

Quede para los sociólogos de la cultura examinar desde otros ángulos este “caso” de emigración cultural y compararlo con otros, inclusive de nuestro siglo, en Europa y América. En las páginas precedentes sólo he querido describir empíricamente, con datos concretos que están a la vista —y,

<sup>27</sup> *La civilización española en los siglos XVI, XVII y XVIII.* (Separata de la Historia de la nación Argentina.) Buenos Aires, 1937, p. 3.

naturalmente, desde una perspectiva cercana, porque a mi vez lo que es el exilio no lo aprendí en libros— lo que aconteció cuando por causa de una guerra civil que desgajó a España, gente como Nicolau, Altamira, Millares, Gaos, Somolinos, Rico y tantos otros, dejaron su tierra y pensaron en ella para trabajar sobre la historia del Nuevo Mundo, pero teniendo presente la española y fundiendo ambas como estuvieron fundidas en otros momentos.